ALADIN

Ó

A LÁMPARA MARAVILLOSA.



D. APPLETON y Ca., LIBREROS-EDITORES.

NUEVA YORK,



ALADIN Ó LA LÁMPARA MARAVILLOSA.

Aladin era hijo de Mustafá, sastre muy pobre de una de las mas ricas provincias de la China. Perdió su padre siendo pequeño, y pasaba el tiempo azotando las calles.

Estaba Aladin un dia, como era su costumbre, con un grupo de perezosos de su edad, y un extranjero que pasaba por el sitio en que se hallaban se paró para observarle. Era el extranjero un famoso mago africano, y como buscaba á una persona ignorante que le ayudase en sus designios, al ver á Aladin, juzgó por su apariencia que debia ser un haragan que no valia un comino y resolvió llevarselo, teniendo cuidado de informarse acerca de su nombre y carácter á algunas personas del pueblo. "¿ Amiguito mio, dijo entónces el mago á Aladin, no eres tú hijo de Mustafá el sastre?"

"Si, señor, contestó el muchacho, pero mi padre murió hace muchos años."



"¡Ay de mí, exclamó el extranjero, no sabes cuanto dolor me causa esa triste noticia; yo soy el hermano de tu padre, hijo mio, y despues de viajar muchos años en paises lejanos, veo destruida en un momento la felicidad que esperaba tener, al volver á abrazarle!"

Aladin, que nunca habia oido hablar de ningun hermano de su padre, se quedó como estupefacto, hasta que su tio sacó del bosillo dos monedas de oro y se las dió, diciéndole que volviese á su casa y le dijese á su madre que preparase una cena, pues que él deseaba pasar esa misma noche algunas horas al lado de su querida cuñada.

Enseñóle Aladin su casa al mago, y se dió prisa á llevar el oro y las nuevas de su encuentro á su madre, á quien causaron no ménos asombro que á él mismo; pues ella tampoco habia tenido noticia de que su marido tuviese mas que un hermano, sastre tambien, y que habia muerto ántes de nacer Aladin. Presentóse segun su promesa el mago, trayendo muchas cosas para comer. "¡Cuanto sentimiento tengo, le dijo á la madre de Aladin, de hallaros oprimida con tanta miseria; espero que vuestro hijo desempeña dignamente su deber hácia vos: porque ya es de edad de poder ayudaros mucho!"

Hubo algunos minutos de silencio, al fin de los cuales respondió la madre: "¡Ah apreciado cuñado, cuanto me aflige deciros que mi hijo, aunque tiene ya quince años, en lugar de procurar aliviar el peso de mis penas, no piensa sino en jugar; y por cierto que yo sola puedo ganar escasamente lo suficiente para nuestro sustento!"

Prorumpió en lágrimas la pobre vieja; y entónces el mago, volviéndose hácia Aladin, "triste relacion me dan, le dijo, de tu conducta, sobrino; pero nunca es demasiado tarde para enmendar. Tú debes pensar en ganar tú mismo tu vida, yo te ayudaré en cuanto esté en mi poder."

Muy temprano al dia siguiente salió el mago con Aladin y lo llevó á un gran almacen donde vendian toda clase de ropa hecha, le compró un traje entero y cuando el muchacho estuvo ya vestido todo de nuevo, le llevó á pasear por las calles y le fué enseñando todos los mas hermosos edificios de la ciudad. Como estaba muy agradable el tiempo propuso el mago que continuasen el paseo y condujo al muchacho por innumerables jardines y lindos prados contándole gran número de historias divertidas y curiosas; hasta que por fin llegaron á un valle estrecho dominado en todas direcciones por montañas altas y estériles. "Volvamos, dijo Aladin, démonos prisa, mi querido tio, á salir de este lugar espantoso."

"No, no, dijo el mago, cogiéndole del brazo; no hay ya que pensar en volver atras; te voy á hacer ver cosas mas extraordinarias que cuantas has visto en tu vida y que nadie en el mundo ha visto hasta ahora." Dicho esto el mago se paró y con un tono muy diferente al que hasta entónces habia tomado para hablar á Aladin, le mandó que fuese á buscar alguna leña para hacer en seguida un fuego. Obedecióle Aladin temblando y así que habia reunido bastante leña para hacer un monton, el mago le puso fuego.

Salieron al momento las llamas subiendo á una altura muy grande y el mago echó en el fuego un polvo, pronunciando al propio tiempo algunas palabras místicas que Aladin no pudo entender. Viéronse, de repente, rodeados por un humo espeso, sintieron temblar la tierra bajo de sus pies, abrióse la montaña, dejando descubierta en su seno una piedra grande y ancha con un anillo enorme de cobre fijado en su centro.

"Sábete, Aladin, dijo el mago, que debajo de esta piedra se encuentra escondido un tesoro que te hará mas rico que los monarcas mas opulentos del mundo, y del cual solo yo poseo el secreto de hacerte dueño. Ten ánimo pues, prosiguió,



coge ese anillo de cobre que ves allí y levanta la piedra; bajate en ese subterráneo por esos escalones, al pié de los cuales descubrirás una puerta abierta que da en una caverna abovedada, dividida en tres espaciosas salas. Atraviésalas rápidamente, pues si tocaras alguna de las cosas que en ellas estan, morirías en el acto; al fin de la tercera sala percibirás un bello jardin que pasarás por una alameda que conduce á un terrado donde hay colocada en un nicho una lámpara encendida. Esa lámpara la descolgarás y me la traerás. Si, al pasar por el jardin, gustas de comer algunas de las frutas que verás, puedes coger todas las que apetezcas."

Al decir esto el mago se quitó una sortija que tenia en el dedo y la puso en el de Aladin, advirtiéndole que ella le preservaria contra todo daño, con tal que cumpliese puntualmente sus mandatos.

Entró al punto Aladin en la cueva y, bajado los escalones, vió las tres salas abovedadas tales como le habian sido descritas por el mago; atravesólas, cuidando con tocar ninguno de los objetos que allí veia; pasó en seguida el jardin y llegó al terrado; tomó la lámpara; apagóla y arrojó la mecha y el aceite guardando la lámpara vacía en su seno. Quedó asombrado al ver los árboles cargados con lo que él conceptuaba ser pedazos de cristal de todos colores y tan brillantes que su resplandor le lastimaba los ojos; y bien que le hubiera sido mas grato encontrar uvas, higos y melocotones, con todo, estos cristales de colores le parecieron tan bonitos que no pudo prescindir de llenar de ellos sus bolsillos y dos bolsas que le habia regalado su tio. Pero mientras que él se ocupaba tan á su gusto, su tio le estaba esperando con grande impaciencia á la entrada del subterráneo. Concluido ya de contemplar las bellezas que el jardin ofrecia á su vista, pronto volvió Aladin á presentarse en la boca de la cueva.

"Dáme tu mano, mi querido tio, dijo el muchacho, para ayudarme á salir de aquí."

"Sí, sí, respondió el extranjero; pero quiero tener primero la lámpara."

"Mi querido tio no puedo dartela hasta que salga de esta caverna."

"Desgraciado, exclamó el mago, fuera de sí con cólera, á ver la lámpara en este instante." Miéntras pronunciaba estas palabras echaba fuego por los ojos. "Bribonzuelo, me pagarás tu obstinacion," gritó con voz furibunda y levantando su brazo para tirar un golpe sobre la cabeza de Aladin, un polvo que tenia en la mano se escapó y fué á caer en el fuego; al instante se movió la roca con un estruendo pavoroso, volvióse á colocar en su puesto la piedra grande quedando así Aladin enterrado vivo en el subterráneo.

Pasó dos dias Aladin allí sin comer nada y al tercero consideraba la muerte yá como inevitable.

Al relexionar que su fin era tan cercana y que su madre seria inconsolable de su pérdida, empezó á torcerse las manos con desesperacion; al hacer este movimiento hizo la casualidad que frotase la sortija que el mago le habia puesto en el dedo, é inmediatamente subió como de las entrañas de la tierra un genio enorme, que dijo: "Qué quieres de mí? estoy pronto para obedecerte, tanto yo como los demas esclavos de esa sortija."

Aladin que sintió helarsele la sangre en sus venas á la vista de tan estraña como inesperada aparicion, dijo: "Haz que yo salga de este lugar te lo ruego, si es que tú puedes hacerlo."

Apénas habia dicho esto, cuando, abriéndose la tierra repentinamente, él volvió á hallarse en el propio sitio adonde el mago le habia traido. Aladin se acordó del camino por el cual habia venido y en seguida se puso en él á todo correr para volver á la ciudad; peroal llegar á la puerta de su casa, ya fuese efecto del cansancio ó ya el de la excesiva alegría que experimentaba al verse fuera de peligro y de vuelta en su casa, se desmayó en el umbral de la puerta.

Vuelto ya en sí Aladin, y habiéndole abrazado tiernamente su madre, se apresuró á darle relacion de todo lo que le habia sucedido; y entónces le pidió que le diese de comer, pues estaba casi muerto de hambre.

Desgraciadamente la pobre mujer ni tenia nada que comer, ni dinero en casa para comprarlo; porque durante la ausencia de Aladin, habia olvidado de un todo su rueca para andar corriendo por las calles en busca de su hijo.

"No importa, madre, dijo Aladin, no hay que llorar por eso; dame esa lámpara que he colocado sobre el estante, iré á venderla para comprar pan."

Fué su madre á tomar la lámpara y como esta estaba muy sucia, creia que con limpiarla algun tanto podria venderla su hijo en mayor precio. Así es que se puso á frotarla con un poco de arena, y al instante se le apareció delante un genio enorme y feo, quien gritó con voz de trueno: "Qué quieres de mí? Estoy pronto para obedecerte, tanto yo como los demas esclavos de esa lámpara."

Desmayóse de espanto la pobre mujer; pero Aladin que ya habia visto al otro genio en la cueva, dijo con mucha calma: "Tenemos hambre, tráenos algo que comer."

Desapareció el genio y volvió despues de un rato con doce platos de plata contiendo cada uno un manjar delicioso, un par de panes, dos botellas de vino y otras tantas copas de plata para beberlo.

Arregló el genio estos platos y demas cosas con mucho buen órden sobre la mesa, la cual habian ya cubierto con un mantel blanquísimo.

Cuando la pobre vieja recobró el uso de los sentidos, estuvo atónita y no pudo imaginarse de que modo se hallaba la mesa tan abundantemente provista; pero disminuyó su asombro con la explicacion que le dió Aladin de como el genio lo habia traido todo.

Al dia siguiente vendió Aladin á un judío uno de los platos de plata, á fin de poder procurar lo que faltaba para completar la comodidad de su casa; despues vendió otro y otro, y así fué comprando poco á poco todo lo necesario para hacer felices á él y á su madre.

Estando un dia Aladin paseándose en la calle, oyó que daban órdenes para que todos los que estaban en las calles se recogiesen en sus casas, puesto que la hermosa princesa Balrudur, á quien nadie debia mirar, venia á los baños publicos. El pobre de Aladin, hallándose léjos de su casa y no sabiendo donde meterse, al oir el son de los clarines que venian delante de la princesa se refugió en una sala grande y se escondió detras de una puerta de dos hojas.

Sucedió que esta sala era la entrada de los baños; y así que la princesa pasó por la puerta esterior se quitó el velo, creyéndose rodeada solo por sus esclavas.

Gracias á una hendidura que habia en la puerta pudo Aladin ver tanto á la princesa como á todas las personas que con ella iban, y tal fué la impresion que le hizo la vista de su rara belleza que él no pudo en muchos dias pensar en otra cosa, ni comer cosa alguna.

Por fin, no pudiendo disimular por mas tiempo su pasion, "Madre, dijo, estoy perdidamente enamorado de la princesa Balrudur y tú debes ir en seguida á pedirme su mano al Sultan."

Llenaron de asombro estas razones á la pobre vieja quien creyó que su hijo se habia vuelto loco; sin embargo echó á reir á carcajadas y dijo á Aladin que no se olvidara de que era hijo de Mustafá el sastre.

"Madre, repuso Aladin, yo no soy tan pobre como tú crees, desde la visita que hice á la platería, conozco el valor de las cosas que ántes llamaba yo pedazos de cristal; con ellas pretendo conciliarme el favor del Sultan y obtener su beneplácito." Rióse de nuevo la madre de Aladin y no quiso escuchar ya mas sus locas pretensiones.





Pero esta obstinacion de la madre fué solamente echar leña al fuego, y el pobre muchacho fué perdiendo cada vez mas su vigor y sus fuerzas, hasta que por fin la pobre vieja viendo á Aladin acercándose á la tumba, consintió en ir al Sultan, supuesto que eso era el único modo de volverle á la vida.

Aladin entónces, rebosando de alegría, mandó pedir prestada una fuente de porcelana que él llenó de sus mas ricas pedrerías; y habiéndola cubierto cuidadosamente con dos paños finos la dió á su madre quien se fué muy apesadumbrada al palacio del Sultan, pues temia que se la castigase por su presuncion. Llegada la mujer al divan en que estaba el Sultan administrando justicia, fué á colocarse delante del trono mientras llegaba un momento favorable para pedir audiencia. Cuando el divan se halló ya casi vacío, el gran visir la hizo señas para que se acercase; hízolo así la mujer y al llegar ante el Sultan, se echó á sus pies rogándole se dignase perdonarla. El Sultan la dijo que hablase libremente y sin temor.

Dió entónces la madre de Aladin relacion al Sultan, de como su hijo se habia enamorado de la princesa; del consejo que le habia dado, interrumpiéndose de vez en cuando para pedir el perdon del Sultan.

Respondió este con una sonrisa y la preguntó qué tenia envuelto en el paño.

Presentó ella la fuente al visir quien se la entregó al Sultan, cuya sorpresa, al ver descubierta la fuente, es mas fácil de concebirse que de referirse; porque nunca habia visto piedras tan grandes ni de tanto brillo. "Si vuestro hijo puede hacer regalos de tanto precio, dijo, no puede ser persona ordinaria; id á decirle que venga, y le daré mi hija por su esposa, con tal que acredite el concepto que de él hemos formado." Retiróse la madre de Aladin mas alegre que habia ido á palacio, bien que aun vacilaba entre la esperanza y el temor respecto del resultado de su comision. Dióse prisa para contar á su hijo la acogida que la habia hecho el Sultan; lo cual causó mucho júbilo á Aladin. Llamó este ahora al genio de la lámpara, para que le llevase inmediatamente á un magnífico baño de agua de rosas.

El genio en seguida le puso con sus propias manos un vestido suntuoso; le procuró un caballo superior por su gracia y elegancia al mejor que se hallaba en las cuadras del Sultan, con una silla y unos arreos de oro macizo; hizo que se tuviesen listos gran número de esclavos que debian seguirle, montados tambien en caballos soberbios y cargados con ricos presentes para la princesa y, por fin, dispuso que otros tantos esclavos se pusiesen al servicio de la madre de Aladin, para quien habian traido asimismo ricos vestidos y un esplendido coche. Subióse Aladin en su cabalgadura y gracias al esmero que el genio habia puesto en ataviarle, hubiera sido imposible reconocer en él al pobre hijo del sastre: tan grande era el cambio que se habia hecho en su persona. Antes bien, todos lo tomaron por algun príncipe poderoso quien desde que nació habia sido acostumbrado á la magnificencia.

Así es que cuando el Sultan lo vió, quedó admirado tanto de la nobleza de su presencia y la gracia y elegancia de su porte, como de su dignidad y lo costoso de su traje. Aladin queria echarse á los pies del Sultan; pero este se lo estorbó abrazándole y haciéndole sentar á su derecha. Despues tuvieron una conversacion que duró algunas horas, en la cual el Sultan se habia prendado tan completamente de la inteligencia y discrecion de Aladin, que manifestó deseos de que el matrimonio de los dos jóvenes se celebrase aquella misma noche.

Objetó á esto sin embargo Aladin, que primero debia mandar construir un palacio para recibir dignamente á su esposa; para cuyo fin rogó al Sultan le concediera un terreno frente al palacio real. Consintió gustoso en ello el Sultan y entónces se separaron, yendo Aladin á encargar al genio de la lámpara la construccion del palacio nuevo—el Sultan al aposento de su hija para darla el para-

bien por la felicidad que la esperaba. Mas quien puede formarse una idea del asombro del Sultan, cuando al levantarse á la mañana siguiente, descubrió desde la ventana de su cuarto un palacio de la arquitectura mas perfecta, al rededor del cual se habian reunido ya casi todos los habitantes de la ciudad, para contemplar las bellezas de esta obra milagrosa. Vinieron pronto á avisarle que Aladin estaba esperando á su majestad para conducirle al palacio nuevo. Fué acrecentando cada vez mas la admiracion del Sultan á medida que penetraba en el palacio: eran las paredes de oro y plata; los adornos de jaspe, ágata y pórfido, pertrechados de diamantes, rubíes, esmeraldas, amatistas; todo, en fin, lo mas raro y hermoso que encontrar se podia. Hallábase bien provista la tesorería de moneda de oro; las oficinas llenas de criados; las caballerizas ocupadas por corceles soberbios de la raza mas pura de Arabia y hermosos coches; caballerizos engalanados con riquísimas libreas, en una palabra, confesó el Sultan que todas las riquezas de sus estados no bastarian para comprar las rarezas incomparables del palacio de Aladin. El mismo dia vió unidos á Aladin y á la princesa; pero no tardó en esparcirse por todo el universo la fama de la magnificencia de aquel; llegaron las noticias al mago africano quien no podia esplicarse el secreto de las grandes riquezas de Aladin. Resuelto de tener la lámpara maravillosa, se disfrazó el mago y dió un viage á la China. Despues de llegado á la ciudad en que vivia Aladin, lo primero que hizo fué comprar unas lámparas hermosas, y un dia que sabia que Aladin, habia ido á la caza con el Sultan, llegóse debajo de las ventanas del aposento de la princesa y empezo á gritar: "Doy lámparas nuevas por viejas."

Acudieron al punto á las ventanas las esclavas que servian á la princesa, riéndose de aquella oferta estraña. "Oh! dijo una de ellas, vamos á ver si ese loco lo dice seriamente; hay una lámpara vieja en el nicho de la sala de las veinticuatro ventanas; la trocarémos por una nueva si este nos la da." Dióles permiso la princesa y una de ellas fué á buscar la lámpara vieja para llevarsela al mago; este la tomó dando á la esclava en cambio la mejor entre las que tenia, y en seguida se retiró felicitándose del triunfo que acababa de llevar su maliciosa venganza. Llamó al anochecer al genio, y le mandó que le trasportara á él, con el palacio y la princesa, al punto mas remoto del África: fué ejecutada puntualmente la órden. Sería imposible describir la confusion, el dolor y terror que se apoderaron del Sultan al levantarse al dia siguiente. Viendo Aladin á su vuelta que su palacio y la princesa se habian desaparecido, se desmayó y poco despues fué llevado á la presencia del Sultan, donde le hubieran degollado sin piedad á no ser que su majestad temia excitar la indignacion del pueblo, que todos querian mucho á Aladin. "Vete, miserable, te doy la vida, le dijo el Sultan, aléjate y si jamás te vuelvo á ver, la muerte será tu recompensa, á ménos que dentro de cuarenta dias me des noticias de mi hija."

Aladin dejó al palacio, pero sin saber á donde dirigirse. Tenia aun la sortija que le habia dado el mago, tocóla é inmediatamente se le presentó delante el genio de la sortija preguntándole: "¿Qué es lo que deseas?" "¡Oh, genio poderoso, dijo Aladin, los ojos bañados en lágrimas, vuelve á poner mi palacio en el sitio que ocupaba ayer." "Lo que me pides, respondió el genio, no está en mi poder hacerlo; no soy esclavo mas que de la sortija: dirígete al de la lámpara para ese servicio."

"Te mando, pues, me lleves á mi palacio donde esté ahora." Hallóse Aladin en un abrir y cerrar de ojos al lado del palacio, que estaba situado en un prado no léjos de una gran ciudad; la princesa Balrudur estaba paseándose en su aposento llorando la pérdida de su querido Aladin. Echó de verle por casualidad debajo de la ventana y haciéndole señas para que no revelase su alegría, mandó á una esclava que fuera á buscarlo y á llevarlo á su cuarto por una puerta escusada. Cuando entró Aladin, abrazó á la princesa con mucha ternura; y despues de



madura reflexion quedaron en que Aladin iria á la ciudad disfrazado de esclavo, para comprar un polvo, que despues de tragado produce un sueño profundo parecido á la muerte. La princesa convidó al mago á cenar con ella aquella noche.

Como la princesa nunca se habia mostrado ántes tan amable con él, estaba encantado con un cambio tan favorable en su manera de tratarle; y cuando estaban en la mesa mandó la princesa á un esclavo que trajese dos copas de vino, que ella misma habia preparado y haciendo ademan de beber en el vaso que tenia en su mano, le dijo al mago que cambiara de vasos, advirtiéndole al propio tiempo que así era costumbre entre amantes en la China. Tomó la copa gozosamente el mago y despues de haber apurado de un trago su contenido, cayó sin sentido al suelo.

Aladin acudió al punto y apoderándose de la lámpara, llamó al genio y mandóle que volviera á llevar el palacio y todo cuanto contenia, al sitio que ocupaba ántes. Hízolo así el genio; y pronto vino el Sultan á abrazar á su hija. Durante una semana no se hicieron mas que festines en honor de la feliz vuelta de Aladin.

En cuanto al mago, cuando se habia disipado el efecto de la pocion, se despertó y vió que el palació no estaba allí ya. Púsose, sin perder un momento, en camino para ir á China y cuando llegó al fin de su viage se dirigió á la celda de una buena muger llamada Fatima, que tenia fama de santa y de poder curar los dolores de cabeza. Matóla el desalmado y se puso su vestido; se quitó en seguida las barbas y salió á la ciudad, en donde hizo tan bien el papel de la pobre muger que todos lo tomaron por la buena Fatima, y le siguieron en tropeles pidiéndole la bendicion. Cuando llegó á noticias de la princesa que la buena Fatima estaba en la calle, mandó que se la trajeran y recibióla con mucha bondad, enseñandola toda la magnificencia del palacio. La falsa Fatima manifestó á la princesa que convendria hacer colgar un huevo de roc en medio de la cúpula, y que el mismo arquitecto que construyó el palacio se lo procuraría. La princesa participó la proposicion á Aladin, y este al punto se retiró y mandó al genio de la lámpara que colgase un huevo de roc del centro de la cúpula.

"Qué, dijo el genio, ¿no estas satisfecho de todo lo que los esclavos de la sortija hemos hecho por tí, sino que ahora quieres hacer colgar á nuestro amo del centro de esta cúpula? Por cierto que tanta ingratitud mereceria toda mi venganza, y en este momento haria de tu palacio un monton de cenizas, si no supiera que no eres tú autor de esta infamia. Tu techo abriga en el momento en que te estoy hablando, al mago africano, disfrazado con el vestido de la santa mujer Fatima á quien ha degollado. Ve y castiga sus crímenes, ó sino tú ruina esta inevitable." Dicho esto desapareció el genio dejando á Aladin lleno de consternacion. Decidió pronto, sin embargo, del mejor medio de desembarazarse de su enemigo. Fuése al cuarto de su esposa y echándose sobre un canapé, empezó á quejarse de un terrible dolor de cabeza. Llena de gozo con la idea de poder aliviar en breve tiempo los sufrimientos de Aladin, la princesa corrió en busca de la buena muger, exclamando al salir del cuarto, que por casualidad se hallaba en palacio en aquel momento.

Vino la fingida Fatima, con una mano levantada, como para echar la bendicion á Aladin y con la otra tenia un punal escondido en los pliegues del vestido. Pero ni un movimiento escapó á la vigilancia de Aladin, quien, así qui el traidor estuvó á su alcance, le hundió una daga en el corazon. Pensando que su marido habia muerto á la santa Fatima, empezó la princesa á arrancarse los cabellos con dolor; pero cuando Aladin le dijo que era el mago, pronto su dolor se cambió en alegría de haber escapado de sus infames designios.

Murió el Sultan al cabo de algunos meses, dejando el trono á Aladin y á Balrudur; estos príncipes reinaron juntos muchos años y tuvieron una familia numerosa é ilustre.



